

Diseña tu jardín

Y aprende a ser feliz en el proceso

DANIELA CORTÉS

A mi hija Josefina, por enseñarme día a día
los verdaderos ritmos de la naturaleza.

A mi papá, que era jardinero y ahora es jardín.

*Solo buscaba un lugar más o menos
propicio para vivir, quiero decir, un sitio pequeño
donde cantar y poder llorar tranquila a veces.
En verdad no quería una casa, solo quería un jardín.*

ALEJANDRA PIZARNIK

*En muchos casos, los jardines y la naturaleza son
más poderosos que cualquier medicamento.*

OLIVER SACKS

Índice

El jardín es el lugar que habitamos

10

El jardín como recuerdo

11

El jardín en la sangre

12

Pandemia y jardín

14

El jardín como sanador

14

El jardín es paciencia

16

Por qué diseñar un jardín

16

Diseñar un jardín

18

Antes de partir

22

Cuantificar y medir

23

Observar y entender

26

Preexistencias

28

Primeras ideas

30

Árboles

34

Sombras y protagonistas
del jardín

37

Las hojas no son basura

39

El tamaño importa

41

El tiempo de los árboles

42

La importancia del clima

44

Color, forma y ubicación

45

Punto focal

46

Árboles, pájaros y

baja de cortisol

47

Árboles y temperatura

48

Eligiendo el árbol para

mi jardín

49

Algunos árboles

54

De la teoría al plano

68

Arbustos

70

Macizos vegetales

72

Cerrando el jardín

75

La estructura del espacio

75

Crece cerca del mar

76

Arbustos tóxicos

77

Arbustos y el fuego

79

Luces y sombras en el jardín

80

Agrupar por riego

82

El tiempo de los arbustos

83

Los arbustos se podan

85

Algunos arbustos

88

De la teoría al plano

102

Trepadoras 104

El efecto tapizante	108
Zarcillos, tallos volubles y ventosas	110
El tiempo de las trepadoras	112
Que vuelvan los parrones	113
La importancia de la poda	114
Tenecia responsable de plantas	116
La planta perfecta	117
Algunas trepadoras	118
De la teoría al plano	132

Herbáceas 134

El tiempo de las herbáceas	138
Primeras líneas del jardín	140
Crece y florece en la sombra	141
La personalidad del jardín	143
Lo que pasa bajo tierra	144
Anuales, perennes y vivaces	146
La poda en las herbáceas	147
Cuidar las herbáceas	149
Las malezas no existen	150
Las flores y los sentidos	151
Algunas herbáceas	154
De la teoría al plano	168

Cubresuelos 170

No pisar el pasto	174
El suelo en el jardín	175
El suelo y el fuego	176
No todos reemplazan el pasto	178
El tiempo de los cubresuelos	179
Eligiendo un cubresuelo para mi jardín	181
Cuándo plantar	182
Preparar el suelo	184
Cómo plantar	185
Riego y cuidados	186
Algunos cubresuelos	188
De la teoría al plano	202

Cuidar el jardín 204

Antes de terminar 208

Agradecimientos 213

Biografía 214

El jardín es el lugar que habitamos

*El jardín sugiere que podría haber un
lugar donde podamos encontrarnos
con la naturaleza a mitad de camino.*

MICHAEL POLLAN

*Los jardines son una forma
de autobiografía.*

SYDNEY EDDISON

EL JARDÍN COMO RECUERDO

El primer recuerdo que tengo del jardín es de cuando tenía cuatro o cinco años y mi abuela contrató a una paisajista para que arreglara el jardín de su casa en Providencia. Me acuerdo de los jardineros moviendo plantas, yo jugando con un tronco y el olor a tierra mojada.

Ese momento jamás lo olvidé.

Mi vida ha estado desde siempre ligada, de una u otra manera, al jardín. Mis dos primeros años los viví en La Serena, donde tengo el vívido recuerdo de apretar siempre las flores de “perritos” (*Antirrhinum*) que mi mamá había plantado en la entrada de la casa. Me acuerdo de que a los cuatro años me fui a vivir a una pequeña isla en Chiloé y de lo infinito y libre que se sentía estar ahí. Recuerdo el enorme aroma (*Acacia dealbata*) que estaba al frente de mi casa (y que hoy ya no existe) y el árbol en donde colgábamos el columpio, la humedad constante, las nalcas (*Gunnera chilensis*) que usábamos de paraguas y luego comíamos, y los helechos Costilla de vaca (*Blechnum cordatum*) desenrollándose siempre pegaditos a la tierra. El verde era sinuoso y eterno, y la lluvia y el viento no paraban jamás.

En cada viaje que hacíamos en auto por la isla, mi cara iba pegada a la ventana, mirando cerros, arrayanes y canelos, mientras mi reflejo en la ventana se volvía inevitablemente parte del paisaje.

Unos años después nos fuimos a vivir Castro, donde por primera vez vi cómo en la casa instalaban “champas”

de pasto (el pasto en rollo de hoy) que sacaban de los cerros y cómo mi mamá plantó girasoles y cerezos al fondo del jardín. Esos árboles, plantados en fila, fueron uno de mis lugares de juego favoritos, allí me trepaba tratando de cosechar las cerezas que siempre eran encontradas antes por los pájaros.

Me acuerdo del manzano enorme y silvestre del jardín, de los pinos que cortábamos para la pascua y que después plantábamos año a año, me acuerdo de rodar cerro abajo por el pasto y de las flores que mi mamá lograba encontrar en la isla tantos años atrás.

Recuerdo los veranos en Algarrobo y el inconfundible olor a ciprés (*Cupressus macrocarpa*) que sentía cuando bajábamos caminando a la playa, y yo pasaba mi mano por ese enorme y denso muro verde que, a medida que lo tocaba, soltaba su aceite lleno de olor a cedrol, o el aroma a Eucalipto (*Eucalyptus globulus*) que aparecía cuando íbamos a recolectar sus hojas y cápsulas que llamábamos “coquitos”.

A todos estos jardines he vuelto en los últimos años. Ninguno se parece al recuerdo que tenía. Los espacios parecen más pequeños y las plantas, infinitamente más grandes, porque claro, todos hemos crecido. Pero, aunque no reconozca realmente esos lugares como la imagen que guardaba en mi mente, despiertan en mí una serie infinita de sensaciones. El jardín es ese lugar que habitamos, que recordamos, que nos lleva a otras épocas y que, muchas veces, tratamos de replicar durante el resto de la vida. Es ese lugar al que queremos volver.

EL JARDÍN EN LA SANGRE

Hace muchos años alguien me habló de la memoria genética. De la idea de que lo que alguien en tu línea genealógica experimenta y guarda vívidamente en la memoria se puede traspasar de generación en generación y llegar como “recuerdo” a alguien que no lo ha experimentado.

La idea me encantó, pero no me hizo real sentido hasta que un día, haciendo *zapping* en la televisión, una imagen captó poderosamente mi atención. Era un lugar cerca del mar que sentí que conocía. Me quedé mirándolo por largo rato hasta que supe al fin que era Palma de Mallorca, lugar donde nació y vivió mi bisabuelo y que yo jamás he visitado. Algo en mí se conectó profundamente con ese lugar. Mi memoria genética apareció.

Hace no tanto tiempo supe, medio por casualidad, la historia de mi tatarabuela. Una mujer increíblemente atípica que, en su juventud, a principios del 1900, y luego de perder a sus padres, comenzó un negocio pionero en el sur de Chile: plantar flores de corte para exportar a Argentina. Ella tenía un jardín precioso, lleno de flores y colores. En cada lugar al que iba, construía un jardín. Cultivar y hacer crecer las cosas era lo de ella. El año 2024 apareció, contra todos los pronósticos, una foto suya y, aunque en la imagen rondaba los 100 años, me conmovió hasta el infinito ver lo mucho que nos parecemos. Lo mío viene en la sangre, de eso no tengo dudas.

Me pregunto si el jardín es algo que se hereda. Si viene en la memoria como recuerdo, como necesidad, como un amor o si es algo que inevitablemente todos llevamos dentro.

Toda la vida y desde que me acuerdo, vi a mi familia armando jardines. El que hizo mi abuela en Providencia, el que plantó mi abuelo en Pucón, los que hizo mi mamá en Chiloé y Santiago y el que hizo mi papá en La Serena. Vengo de una familia que hace jardines, eso lo sé hoy y lo entiendo mientras escribo este libro.

Algunos de esos jardines hoy siguen ahí; otros, con el paso del tiempo han cambiado tanto que ya no los logro reconocer, y otros, simplemente, ya no están, pero en mi mente siguen todos ahí, intactos, guardando temperaturas, olores, sensaciones y la luz del sol a través de ellos. Como escuché alguna vez, el paisaje es algo que se lleva puesto y el jardín también.

PANDEMIA Y JARDÍN

Cuando partió la pandemia, en marzo del 2020, y el miedo y las autoridades nos llevaron al encierro extremo, el refugio de muchos fue el jardín. Mis talleres, que cambiaron a modalidad *online*, explotaron de gente que quería diseñar su jardín, que quería salir y reencontrarse con ese pedacito de naturaleza que tenía en su casa.

Hubo algunas personas que, no teniendo jardín, llenaron también sus casas de plantas para recrear en algo eso que se les había negado.

Durante esos largos meses de encierro y la temida fase uno, yo usaba los permisos de salida para dar unos largos y muy esperados paseos en coche con mi hija, hasta donde lográramos llegar, tratando de hacer siempre una ruta diferente. Me acuerdo de la fascinación de las dos mirando árboles, plazas solitarias y jardines medio abandonados, las cientos de fotos que sacaba tratando de capturar un pedacito de naturaleza y libertad para los días de encierro que venían y que, cuando las compartía en mi cuenta de Instagram, generaban, también, una sensación de calma, de felicidad y de esperanza en quienes las veían.

Esas imágenes que capturé en aquellos días eran de lugares que quizás veía a diario antes del encierro, pero que ahora eran tesoros. Una de las grandes enseñanzas que la pandemia nos dejó fue valorar la naturaleza, volver a conectarnos con ella. La vida y los jardines después de eso no volvieron jamás a ser los mismos.

EL JARDÍN COMO SANADOR

Que la naturaleza sana es algo que venimos escuchando hace un tiempo. Que pasar tiempo en el jardín, con las manos en la tierra o limpiando las hojas de nuestras plantas de interior es bueno para la salud y que es muy “terapéutico”, como discurso, lo hemos asimilado en los últimos

años. Algo muy diferente pasa cuando realmente lo vives, cuando descubres que volver a la naturaleza, a través del jardín, cambia la manera en que ves o vives la vida y que, cuando entras en este viaje, ya no hay vuelta atrás.

En junio del 2025, una clienta para la que había diseñado un jardín con la idea de que fuera un lugar terapéutico para su hija, me escribió: “Desde que empecé a jardinear, dejé de tomar clonazepam”. Después de muchos años tomando ese medicamento para regular al ánimo, al fin lo dejaba. No porque las circunstancias en su vida cambiaran, sino porque descubrió su jardín, ese lugar que pensó como terapia para su preciosa hija, y que por lo mismo había decidido cuidar y mantener, se transformó en su refugio y sanación. Ese lugar lleno de árboles, flores, abejas, mariposas y colibríes hizo lo que el remedio y las terapias no lograron: sanar el alma.

Esa publicación en mi Instagram fue vista por casi 30.000 personas y todos los comentarios aseguraban lo mismo. El jardín es la mejor terapia.

El jardín también me ha salvado. En momentos de angustia y miedo, ha sido refugio, calma y respuesta. Las grandes revelaciones de mi vida las he vivido en la naturaleza y han quedado plasmadas en mí en forma de paisajes y lugares que hoy no solo son un lugar físico y geográfico, sino que también el recuerdo de momentos en que encontré libertad.

Durante los diez años que llevo enseñando a hacer jardines, he visto de cerca el cambio profundo que tiene la gran mayoría de las personas desde las primeras clases del taller que dicto. Cómo salen a la calle y miran de otra manera, cómo ven cosas que hasta ese día habían permanecido invisibles y que ahora no solo están ahí, además tienen un nombre, un valor. Cómo la vida es más linda cuando disfrutas jardines que no son tuyos, flores que nacen solitas en la vereda o árboles majestuosos que descubres en algún lugar. La ciudad no vuelve jamás a ser la misma.

EL JARDÍN ES PACIENCIA

Cuando iniciamos un proyecto de jardín, sin haber pasado por el proceso de entender cómo se gesta y desarrolla un espacio natural, existe siempre la ansiedad de verlo grande, “terminado”. Preguntas como cuánto se va a demorar en crecer o si podemos comprar plantas “adultas” es algo muy recurrente. Hemos perdido la capacidad de esperar.

Hal Borland, un destacado autor estadounidense, escribió: “Conociendo a los árboles, entiendo el significado de la paciencia”. Porque, claro, no importa lo apurados que estemos o la ansiedad que experimentemos al plantar nuestro jardín, ver crecer un árbol, un arbusto, un jardín completo requiere espera, dejar pasar el tiempo y sentarnos a disfrutar del proceso que la vida nos regala. No hay apuro ni urgencia en la naturaleza, ella marca su propio ritmo.

El jardín, como todo ser vivo, tiene sus tiempos, que son muy diferentes a los que estamos acostumbrados hoy. Disfrutar el jardín es primero aceptar que la inmediatez aquí no existe, que debemos bajar el ritmo y disfrutar el proceso. Sin paciencia no hay jardín. Volver a nuestros ritmos y tiempos originales es parte de lo que este espacio nos enseña. El regalo no está en la meta del jardín terminado, sino en entender y disfrutar el camino, en entregarnos a cambiar de ritmo, disfrutar cada pequeño cambio y vivir el aquí y ahora.

POR QUÉ DISEÑAR UN JARDÍN

Me han preguntado muchas veces por qué, siendo yo paisajista, he dedicado más tiempo a enseñar a hacer jardines que a hacerlos yo misma. Y la respuesta es muy simple: “Se cuida lo que se conoce”.

Si bien el jardín hace feliz siempre, sin importar quien lo diseñe, tiene un valor muy diferente cuando es diseñado

por su dueña o dueño. El hecho de conocer, elegir, plantar, cuidar y ver florecer y crecer tu propia creación no tiene precio. Hay un antes y un después en la vida de cada jardinista.

Durante las miles de horas en las que he enseñado a diseñar jardines, he visto con mis propios ojos cómo las personas cambian. Cómo su mirada se agudiza y cómo la naturaleza entra, sin retorno, en sus vidas.

Existe un punto en la historia en el cual nos separamos de la naturaleza. El jardín, como una fracción de ella en la ciudad, dejó de ser un elemento fundamental de la vida y lo fuimos dejando cada vez más fuera de nuestra existencia. Ese espacio, que era cuidado en otros tiempos por nuestras abuelas, fue cayendo en el olvido y reemplazado por los nuevos espacios del mundo “moderno” hasta transformarse en un elemento pictórico. Casi un objeto decorativo que se miraba, pero no se tocaba.

En esta parte de la historia, y hasta no hace tanto, el jardín pasó a ser asunto de jardineros. Eran ellos (generalmente hombres) quienes llegaban a las casas cada cierto tiempo y podaban, mantenían, cortaban y replantaban si era necesario. Eran ellos los que sabían, los que metían las manos en la tierra. Hasta que llegó el covid.

Fue en los días más oscuros de la pandemia cuando entendimos cuánto necesitábamos a la naturaleza. En esos encierros eternos soñábamos con estar afuera, bajo la sombra de un árbol, caminando entre las flores o simplemente mirando el paisaje que entre edificios no lográbamos ver. Fue en esos días cuando el jardín volvió a ser un eje central y fundamental de nuestras vidas y decidimos aprender a cuidarlo.

El jardín es nuestro hábitat natural, una réplica urbana del lugar que hemos habitado durante gran parte de la historia de la humanidad y volver a él es volver a la esencia, a lo que por naturaleza nos corresponde. Es un acto natural porque somos parte de ella.